



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

UN JARDÍN EN BRUJAS

CHARLES BERTIN

TRADUCCIÓN DE VANESA GARCÍA CAZORLA



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2015

TÍTULO ORIGINAL: *La Petite Dame en son jardin de Bruges*

Avec le soutien de l'Académie royale de langue et littérature de Belgique



© Actes Sud, 1996

© de la traducción, Vanesa García Cazorla, 2015

© Errata naturae editores, 2015

C/ Maestro Arbós 3, 3º, 310

28045 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-94-7

DEPÓSITO LEGAL: M-18037-2015

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada
para Inmedia (Cáceres)

IMAGEN DE PORTADA: *Flowering Garden at Sainte-Adresse*, Claude Monet /
Musée d'Orsay / Bridgeman Images

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

*Muchos fueron los poetas que, haciendo menos
que tú, fueron laureados.*

CHARLES PLISNIER, *Heureux ceux qui rêvent*

NOTA DEL TRADUCTOR

En esta obra (y en su título mismo), Charles Bertin utiliza en ocasiones la expresión *petite dame* para referirse a su abuela. Muy expresiva, ya que connota cariño, al tiempo que respeto y una descripción física, esta manera de referirse a ella es de difícil traducción al castellano: «damita» y «damisela» connotan juventud y no dan cuenta del cariño; «abuelita» resulta algo cursi y se aviene más al lenguaje infantil, mientras que Bertin utiliza esta expresión precisamente cuando habla de su abuela con más distancia, es decir, desde su posición de escritor de más de sesenta años; «ancianita» tampoco da muestras del cariño y la reverencia que el autor siente por su abuela, razón por la que sólo se ha utilizado esta expresión en tres ocasiones puntuales. Por estos motivos, en general se ha preferido sustituir esta expresión simplemente por «mi abuela», reforzado en algunas ocasiones por algún adjetivo («mi querida abuela» o «mi adorada abuela») cuando el contexto lo requería.

Todas las notas de esta edición son de la traductora.

Anoche sentí ganas de ir a saludar a mi abuela. No es la primera vez que la echo de menos, pero jamás había sentido con tanta insistencia la necesidad de volver a verla. Comoquiera que lleva muerta desde hace casi medio siglo, pensé que sería preferible ponerme en marcha enseguida: ya tenía un pie fuera de la cama cuando me espabilé del todo.

Aun así, no estoy contrariado. El sueño de anoche me ha traído a la memoria un episodio olvidado de la gesta de mi abuela: el instante en que se me apareció, se hallaba gloriosamente encaramada a un taburete, entre las capuchinas de la escalinata en saledizo de su casa de Brujas, y tocaba el olifante en mi honor. Creo que, a la sazón, yo debía de tener diez años, y aquélla era su manera de felicitarme por mi cumpleaños.

Ciertamente, llamarlo «olifante» es magnificar un poco las cosas; aunque estoy seguro de que la trompa de ocasión por la que soplabla mi abuela, hasta no poder más y sin que le preocupara alterar la tranquilidad del vecindario, estaba revestida en su imaginación de una

dignidad pareja, al menos, a la del olifante. De hecho, el instrumento no era sino una de esas cornetas de latón con embocadura de cuero que, en mi infancia, los guardafrenos llevaban colgadas del cuello para anunciar las maniobras de los trenes. El objeto, con el cual me topaba a menudo mientras curioseaba por los cajones de la cocina, había pertenecido a mi abuelo, quien lo había conservado como recuerdo de sus modestos inicios en la Sociedad de Ferrocarriles.

Embocada con tanta grandilocuencia por mi abuela, quien, pese a tener unos conocimientos históricos bastante vagos, albergaba una reverencia infinita por los fastos del pasado, la modesta corneta se veía elevada por las circunstancias al rango de las trompas de la Fama: algo parecido al toque de trompeta de la coronación de los reyes, al cuerno de Rolando victorioso o al buccino que anuncia la entrada del César. Puestos a elegir, me inclinaría por la entrada del César... Pues, si la memoria no me falla y se trata de mi décimo aniversario, nos encontramos en 1929: el mismo año en que la versión muda de *Ben Hur* arrebató al público en los cines de provincia. Unas semanas antes, mi abuela me había concedido el privilegio de acompañarla al Vieux Bruges, la sala de la rue des Pierres cuyo espectáculo nos emocionó.

Por lo tanto, es muy probable que para su puesta en escena se hubiera inspirado en la sala de utilería

de la Roma hollywoodiense. Me imagino que, a su juicio, tanto la trompeta como el taburete que había sacado del cuarto de baño no debían de ser sino los signos ejemplares del vasto y tácito decorado de columnatas y terrazas que bordeaban la vía Sagrada entre el Campo de Marte y el Capitolio. Apuesto cualquier cosa a que no dudó en movilizar mentalmente algunas cohortes para alinear sobre aquel mármol la doble hilera de portaestandartes encargados de inclinar sus insignias a mi paso.

En la escena para dos personajes que había concebido interpretar conmigo aquella mañana, me reservó, como es natural, el papel más glorioso. Con todo, la experiencia demostraba que mi interpretación del triunfador era un fracaso total: se mirara como se mirara, no poseía ni los recursos dramáticos para ese papel ni el descaro flemático necesario para su ejercicio.

La verdad es que estaba muerto de vergüenza pensando en los vecinos que, distraídos de su desayuno dominical, miraban por encima de los setos que separaban los jardinillos del arrabal, sin perderse nada del espectáculo que ofrecía mi abuela desde aquel improvisado podio, entre las capuchinas de la escalinata, al que se había encaramado, perfectamente consciente de su poder sobre el público: derecha como una I, la cabeza alzada, la trompeta apuntando hacia el cielo y combando su menudo talle con ese orgullo que parece

tan natural en quienes han de solventar una deuda personal con el universo, ponía abiertamente a la población de Saint-André-lez-Bruges por testigo de la gloria que los dioses prometían a su nieto. Por más que le imploraba que abreviara mi tortura, los escasos y suplicantes «¡abuela!» que, con voz ahogada, conseguía articular no le llegaban. Mientras tanto, la corneta, a la que al cabo de un rato se había unido un par de gallos de los alrededores atraídos por la concurrencia, continuaba expandiendo su insoportable y ronco toque de diana por lo alto de los jardines.

Cuando se produjo esta escena mi abuelo llevaba muerto varios años.

Extraña alquimia la de la memoria... Todo lo que me queda de él, aparte de la profusa crónica de mi abuela, es aquella trompeta irrisoria y el recuerdo de la respuesta que dio a una de mis preguntas de niño.

Me viene a la memoria un crepúsculo estival en el jardín. En medio de los fresales y las rosas, correteo a su alrededor. No le llego a la cintura.

—Abuelo, ¿por qué vives en Brujas?

Se detiene bruscamente y me mira, como si mi pregunta mereciera una reflexión por su parte. A continuación, se arrodilla para que su rostro esté a la altura del mío. Casi al oído, me dice:

—Eso es algo que decidieron las altas esferas.

Al mismo tiempo, me escruta con semblante astuto, como queriendo darme a entender que, de no estar sujeto al secreto profesional, podría revelarme mucho más. Después, meneaba la cabeza. Yo también la meneaba para expresarle mi complicidad. No me atrevo a pedirle que me proporcione algunos detalles acerca de esas «altas esferas» que disponen así de las vidas de las personas, pero me quedo muy impresionado.

De la manera más inocente, con aquella pregunta había dado efectivamente en el clavo. No es que mis abuelos, naturales de los alrededores de Mons, hubieran elegido a su albedrío vivir en Brujas, sino que, desde su boda, se habían visto embarcados en la existencia nómada que la Sociedad Nacional de Ferrocarriles de la época imponía a algunos de sus trabajadores. El Departamento de Personal estimaba oportuno añadir la expectación de la sorpresa lingüística a los conocidos elementos de incertidumbre derivados de las diferencias de clima, relieve y entorno. De resultas, en el curso de aquellos míticos años del fin de siglo, mis abuelos fueron trasladados de Welkenraedt a Philippeville, y de Saint-Nicolas-Waes a Libramont. Fue así como vieron venir al mundo a sus hijos en los cuatro extremos del país.

Mi abuelo había sido educado en el respeto a la jerarquía y se acomodaba sin mucho esfuerzo a aquella

vida de bohemios que tanto exasperaba a su esposa. Resulta difícil pensar que obtuviera placer alguno de aquella retahíla de mudanzas, aun cuando aparentemente confiaba en la sabiduría de aquel superior suyo carente de rostro. En cualquier caso, él no se hacía preguntas, lo cual me incitaría a creer que se había forjado la idea de que, para organizar una distribución equilibrada de la mano de obra en la red ferroviaria nacional, se precisaba, junto a las rigurosas leyes de la mecánica celeste, la existencia de una suerte de infatigable y oscuro dios que, alojado en lo más recóndito de las entrañas de la maquinaria administrativa, asegurara el buen funcionamiento de toda aquella delicada quincallería plagada de engranajes sutiles, lastrada con los contrapesos oportunos y más bien parecida a los monstruos mecánicos que, en su día, inventaría Tinguely. Esto era, a buen seguro, lo que él llamaba «las altas esferas».

Esta credulidad irritaba enormemente a mi abuela, quien en lo que ella denominaba «sarta de azares» no veía sino la mera manifestación del arbitrio del poder. «Llegué incluso a decirle que tenía mentalidad de esclavo», me confesó un día. Sonrojándose levemente, añadió: «Aquéllas fueron las únicas peleas de verdad que tuvimos en toda nuestra vida».

En la obra teatral *Intermezzo*, de Giraudoux, hay una escena magnífica que ofrece al controlador de la Ofi-

cina Internacional de Pesos y Medidas la oportunidad de exponer a Isabelle la intrincada y poética complejidad de las reglas que rigen el juego de las promociones en la Administración francesa, algo que siempre me ha hecho pensar en el destino de mis abuelos.

Al menos, en aquella partida del juego de la oca que fue su existencia, la última tirada de dados fue afortunada. Todo sucedió como si, perseguida por los remordimientos, a la Némesis administrativa se le hubiera ocurrido repentinamente liquidar las cuentas pendientes: en 1923, una vez clasificado entre los funcionarios de alto mérito, mi abuelo fue propulsado hacia la casilla denominada «Brujas» para los años que le restaban antes de su jubilación.

Después de tantos campamentos improvisados, encrucijadas desafortunadas y bifurcaciones inciertas, Brujas era, a fin de cuentas, el destino ideal. Con el entusiasmo de unos recién casados en busca de su primer nido, mis abuelos removieron cielo y tierra para encontrar un hogar definitivo.

En el corazón del barrio de Saint-André, situado más allá de la Porte Maréchale, les recomendaron una suerte de condominio cercado y ajardinado formado por un grupo de chalets rodeados por sus respectivos parterres. Uno de ellos, que estaba en alquiler, les pareció indiscutiblemente conveniente: por fin se trataba de un verdadero hogar; con hierba, algunos

árboles y flores. Incluso tenía una parcela anexa donde mi abuelo podría plantar lechugas y verlas crecer.

Jamás he conseguido saber quién inspiraba a quién; pero, de inmediato, una suerte de complicidad amorosa se instaló entre el «genio del lugar» y la personalidad de mi abuela. Durante los siete años en los cuales pasé allí la mayor parte de mis vacaciones estivales, no sólo fui el testigo privilegiado de aquella ósmosis, sino, por encima de todo, su beneficiario. ¿Cómo decirlo? Siempre tuve la impresión de que, bajo su techo, la alegría de vivir se enriquecía merced a unos estímulos insólitos; de modo que, tras más de sesenta años, la casa y el jardín de Brujas permanecen aureolados en mi memoria de una extraña gracia bendita: la de los lugares en los que la armonía perfecta de los seres y los objetos nos brinda una alianza con las fuerzas amistosas de lo invisible.

El embrujo comenzaba desde la entrada del propio condominio, que estaba en una calle vecina de la chaussée de Ghistelles: la verja se abría sobre un paseo flanqueado por elevados setos, los cuales jalonaban una hilera de ojivas de vegetación erigidas sobre un emparrado, cuyo armazón había desaparecido bajo el bosquejo mucho tiempo atrás. Andando el tiempo, las enramadas habían trenzado pasarelas de follaje entre

las arcadas, hasta construir un cenador abovedado único que medía una veintena de metros. Aquel auténtico túnel de fronda que serpenteaba divagando entre los jardines se dividía en varios senderos, los cuales conducían a las casas aún invisibles tras la espesura de los árboles. La de mis abuelos era la última.

Fueron muchas las horas felices que pasé en aquel deambulatorio de vegetación del cual fui la mayor parte del tiempo su único huésped, a excepción del gato de nuestros vecinos de al lado. Incluso en las horas centrales de los días soleados, reinaba allí una penumbra dorada cuya paz claustral me arrobaba y me inquietaba un poco. La irrealidad de la polvorienta luz que jugueteaba a través de las hojas; ese silencio de agua profunda en el que creía sumergirme como un buzo, y aun la ligera opresión que suscitaba en mi alma la exuberancia de una floresta que parecía capaz de anegar cualquier vida menos la suya, contribuían a persuadirme de que, a unas decenas de metros de la calzada, el mundo de los hombres quedaba abolido. Uno de mis juegos favoritos consistía, por otra parte, en comportarme como un superviviente: a espaldas del gato, me había acondicionado un par de escondites entre los matorrales y, a la vista de una eventual carestía, raramente descuidaba llevar a cabo mi merienda habitual, recolectando en la cocina algunas provisiones adicionales.